

LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: LUCAS 3,15-16.21-22



Domingo del Bautismo del Señor

“Si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino... No quiero ningún bien, sino adquirido por quien nos vinieron todos los bienes. Sea para siempre alabado, amén” (6 Moradas 7,6.15).

El pueblo estaba en expectación. La búsqueda y la expectación son sentimientos que acompañan a los orantes. Cuando alguien se acerca a Jesús y le sigue, siempre ocurren cosas nuevas. La oración, aunque sea de quietud y silenciosa, no consiste en quedarse con los brazos cruzados. En el encuentro con Jesús se

prepara un futuro nuevo;
incluso las crisis son
oportunidades para abrir
la vida a una nueva
identidad. *Cuando tú,
Jesús, eres el Señor de
mi vida, todo cambia; tu
modo de vivir es el
mío.*


Viene el que puede más que yo y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego. Lo que transforma nuestra vida en algo nuevo no es el agua, o sea, nuestra voluntad de querer cambiar las cosas, sino el Espíritu en el que Jesús nos bautiza y sumerge. El pecado como fracaso de la vocación humana es quemado por el fuego del Espíritu. Orar es mirar, enamorados, la humanidad de Jesús, en quien se nos da todo. El mayor regalo que nos hace Jesús es mostrarnos su humanidad; en ella se nos revela nuestra verdadera humanidad. El bautismo es un canto a la humanidad vivida al estilo de Jesús. *Te doy gracias, Padre, por Jesús, tu Hijo querido. En Él aprendo a conocerte y amarte.*

Mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él. Jesús sale del agua y ora. El Espíritu es fruto de la oración. Al quedar Jesús bautizado, inundado, marcado por el Espíritu, se manifiesta en Él la humanidad nueva. Orar es la gran suerte de tener la humanidad de Jesús delante, al lado, dentro de nosotros. Ese es nuestro bautismo: Verle vivir, cómo se atreve a llamar hermanos a todos, a dar la vida por ellos, cómo se hace pobre entre pobres, libre, esclavo de un amor al hombre, razón de su vivir y llanto. Su nombre es Jesús, su ley el amor, su gran pasión el perdón, su ambición la paz, su terreno la verdad. *Cuando te miro Jesús, cuando te escucho y te hablo, me comunicas tu amor y a mí me brota responder amándote. Vamos juntos.*

Y vino una voz del cielo: Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto. En esta voz está el sí de amor de Dios al mundo. La oración, como dimensión esencial de nuestro bautismo, nos permite oír esta voz en Jesús, en quien está Dios de forma humana y resplandece de forma incomparable. Renunciando a su forma divina de ser Dios, asume la forma humana de ser

Dios. Así, todo acontecimiento de Jesús es una invitación a la fe. ¡Qué aprendizaje tan fascinante para nosotros! *Jesús, tú me invitas a un diálogo de amor con el Padre, en el que encuentro mi identidad más honda, fuente de inspiración y mi fuerza. Gracias.*

CIPE, enero 2013

 Cipecar
www.cipecar.org